

In Memoriam: Norbert Wiener

Por Ramón XIRAU

Norbert Wiener, ingeniero y matemático, acaba de fallecer el 18 de marzo de este año de 1964. Wiener, que al escribir su libro más técnico —*Cibernética*— dio nombre a una nueva rama de la ciencia y de la técnica, trató también de ser humanista en su libro *The human use of human beings*. No pienso referirme al primero de estos libros, cuyos tecnicismos están más allá de mis posibilidades. Las ideas del segundo, con las cuales nunca he estado verdaderamente de acuerdo, pueden tal vez resumirse como sigue.

Si Descartes decía que los animales se comportan como máquinas, Wiener piensa que las máquinas se comportan como animales. ¿A qué se debe este cambio? Probablemente al hecho de que el "modelo" y la "ley" filosófica de los siglos XVII y XVIII fueron las ciencias matemáticas; desde el siglo XIX, el "modelo" fue la biología. El tiempo físico, se pensaba, es una cosa; el tiempo humano —en James o en Bergson, por ejemplo— es de otro orden. Para el reloj —si el reloj tuviera conciencia del tiempo— el tiempo sería el mismo. Para el animal el tiempo es heterogéneo y es variable. Los hombres, animales superiores, conciben el tiempo de manera elástica: largo si nos aburríamos, breve si trabajamos con entusiasmo, oscilante según sean mis emociones.

Pues bien: la cibernética "piensa" que las máquinas son semejantes a los hom-

bres porque su tiempo es también un tiempo vivido. Y de este modo las máquinas servirán para entender al hombre como breve modelo de su forma de pensar. Un cerebro electrónico es un cerebro humano con menos circonvoluciones —es decir, menor número de elementos comparables: bulbos, circuitos, etc.

Una máquina electrónica recibe informes, los combina en sus "pensamientos" y acaba por transmitirlos a los hombres. Como en tiempos de Descartes, aunque por otros medios, los hombres y las máquinas vuelven a ser equivalentes.

Sobre esta base Wiener pensó que estaba muy cerca de resolver el problema humano de la comunicación, grande y esencial problema de nuestro tiempo. Norbert Wiener, a cuyo favor hay que decir que no pretende hacer depender el hombre de las máquinas, afirma que los tipos posibles de comunicación son cuatro:

- a) de hombre a hombre
- b) de hombre a máquina (como en un dictáfono)
- c) de máquina a hombre (como en las computadoras)
- d) de máquina a máquina (como en

las múltiples centrales eléctricas que funcionan automáticamente)

Hasta aquí todo va bien. La máquina puede ser un útil y puede servir a los hombres. El hombre podrá comunicarse mejor a medida que aumente la potencia

de las máquinas. La hipótesis es, sin embargo, dudosa. Desde el descubrimiento de la rueda a nuestros días ha cambiado notablemente la forma objetiva de la comunicación. Lo que no ha cambiado tanto es la verdadera comunicación que es comunidad de conciencias. Hoy por hoy, las máquinas, en sí neutras, no parecen permitir que nos comuniquemos a fondo de mejor manera;

Norbert Wiener, importante hombre de ciencia, uno de los principales defensores de la automatización, no encontró una solución humanista. Como buen amante de las ficciones prefirió soñar en el día en que sería posible telegrafiar, no la imagen de una persona, sino a la persona misma de cuerpo y traje enteros.

Tal vez la mayor flaqueza del razonamiento del profesor Wiener reside en no saber entender que en cualquiera de los cuatro casos mencionados la comunicación es siempre de hombre a hombre; en no saber ver, tampoco, que existe un grado de comunidad que es de orden espiritual.

Sea todo ello como fuere, Norbert Wiener, fundador de la Cibernética, queda como uno de los verdaderos hombres de ciencia de nuestros días que, como muchos hombres de ciencia, cometió la ingenuidad —no siempre el pecado— de querer reducir la persona humana a la ciencia que había descubierto. Y esto es humano, aunque es, tal vez, "demasiado humano".

LOS LIBROS ABIERTOS

REFERENCIA: Norman Cousins, *Al borde de la locura*. Ancho Mundo. Ed. Era. México, 1964, 173 pp.

NOTICIA: El autor, uno de los editores de la *Saturday Review*, desde que estalló la primera bomba atómica en Hiroshima dedicó gran parte de su tiempo a reunir material para el presente libro, en el que examina el dilema más importante de nuestra época: la convivencia pacífica o la destrucción de nuestro planeta. Norman Cousins, comprendiendo la importancia de la energía nuclear empleada como arma destructiva, se aplicó a recoger todos los conocimientos y datos posibles sobre esta terrible amenaza, y a buscar una solución para impedir la catástrofe atómica.

EXAMEN: A pesar de que el autor no es especialista en armas nucleares, ni tampoco posee un estilo brillante o una gran sabiduría literaria, comprendiendo su deber como miembro de la raza humana y ciudadano de una de las potencias nucleares de primera categoría, puso toda su buena voluntad en escribir un libro convincente y veraz sobre el enorme riesgo que ofrecen las armas nucleares en una tercera guerra mundial, que, de hecho, pondría punto final a la historia,

y a cualquier otra manifestación de la inteligencia humana. El autor también emplea los recursos de su elocuencia para presentar un cuadro vivo de lo que sería una catástrofe atómica, y lo que perdería el hombre después de los siglos de lucha que ha sostenido para llegar a lo que es, o lo que presume ser: el soberano de la creación.

Un capítulo está dedicado al estudio de las nuevas armas químicas y biológicas que resultan tan destructivas y aún más peligrosas que las atómicas. Además, realiza un breve repaso de las guerras que ha habido desde el principio de la historia, para demostrar que la violencia sólo ha conducido a la ruina de los pueblos, y que el motivo más frecuentemente invocado, la defensa de la soberanía nacional, hoy día resulta anticuado y contraproducente.

Cousins sólo encuentra una solución para conjurar el peligro —hasta ahora casi inevitable por la mecánica de los acontecimientos políticos—: la creación de una verdadera Federación de Naciones Unidas que tuviera el control de todas las armas atómicas, y un poderoso ejército —formado con tropas de todo el mundo— que evitara cualquier brote de violencia. En fin, unas Naciones Unidas que tuvieran un poder superior al de

los gobiernos nacionales, y que estuvieran constituidas por una asamblea de representantes de todas las naciones —sin excluir grandes ni pequeñas— que renovara el anticuado concepto de soberanía nacional.

Lo que a primera vista parece una solución utópica, contraria a las costumbres hasta hoy establecidas en el mundo, en realidad es la única alternativa para impedir la destrucción de nuestro planeta. El autor asegura que el poder de las armas nucleares ha impuesto un nuevo tipo de pensamiento que rebasa las tradicionales ideas nacionalistas; en adelante la guerra es inconcebible, pues significaría el suicidio mutuo de las naciones y el fin de la humanidad. Sólo lograremos la paz mediante la renovación radical de nuestro pensamiento político. Ya no es posible pensar en razón de izquierdas o derechas, sino que, convivimos y nos sometemos de *motu proprio* a un gobierno mundial y aceptamos una legislación mundial, o perecemos en medio de una catástrofe atómica. La paz y el gobierno de las Naciones Unidas son la única política razonable y segura que puede sacarnos del peligroso callejón sin salida de la competencia de armamentos y la rivalidad entre los bloques de naciones.

CALIFICACIÓN: Una importante contribución para la paz.

— C. V. —